

LAURA CANEVA
Y
MARTINO REBONATO

**Madre nuestra,
que estás en el Cielo**
El rostro del Espíritu Santo

piccola barca
Roma 2024

Ediciones *piccola barca*

Selección *Fides Quaerens Intellectum* 21

Traducción: Laura Caneva y Martino Rebonato

Revisión: Giancarlo Rebonato

Título original: *Madre nostra, che sei nei cieli. Il volto dello Spirito santo,*
piccola barca, Roma 2022

Proyecto y diseño gráfico del libro: Letizia Di Sciullo

PRESENTACIÓN

Massimiliano Zupi

Estamos muy contentos de publicar con la “piccola barca” este ensayo: *Madre nuestra, que estás en el Cielo. El rostro del Espíritu Santo*. Es un libro fruto de toda una existencia: depósito no sólo de años de estudio, competente y apasionado, sino también de experiencia de vida, familia y servicio. Son páginas llenas de reflexión, pero a la vez ligeras y concretas, relacionadas con la vida de todos los días.

Pero el valor de este libro deriva sobre todo de la tesis presentada, tan clara como audaz: *el Espíritu Santo es Dios-Madre*, la cual atiende críticamente dos puntos débiles de la teología cristiana.

Primero: la falta de feminidad en Dios, o al menos el predominio de la identificación de Dios con lo masculino. No por casualidad, Dios se llama Esposo, nunca Esposa: la Esposa es siempre Israel, la Iglesia, la humanidad. Madre es María, o la Iglesia; Dios es Padre: tal vez un Padre materno, pero ciertamente nunca una Madre paterna. Dios es Padre, Hijo, Hermano: no Madre, Hija, Hermana.

Segundo: la incertidumbre *hipostática* (sobre la “Persona”) del Espíritu Santo. Por supuesto, el Espíritu Santo es una persona como el Padre y el Hijo: pero ¿en qué sentido es realmente persona? No casualmente, si Padre e Hijo son los nombres propios de la primera y de la segunda persona, falta un nombre propio de la tercera persona: Espíritu y Santo, de hecho, son nombres bastante comunes, que también se pueden atribuir al Padre y al Hijo. Es esto un estado de cosas que se remonta a los orígenes de la formación del dogma trinitario: de hecho, ya en las décadas entre los concilios de Nicea y

Constantinopla, los Padres de los Concilios elaboraron una doctrina ortodoxa según la cual las peculiaridades hipostáticas del Padre y del Hijo eran respectivamente «ingénito» (o sea no engendrado) y «engendrado», mientras que el Espíritu Santo se caracterizó únicamente por no ser engendrado, por lo que no tiene ningún atributo positivo propio. Ciertamente, tanto los arianos como los antiarianos hablaban del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: sin embargo, en el siglo IV, la controversia ariana era un asunto de teología binaria más que trinitaria.

Laura y Martino explican bien como que este estado de cosas recibió una confirmación definitiva con Agustín. Para el obispo de Hipona, de hecho, por un lado, no el hombre como varón y mujer, sino el hombre en cuanto constituido de ser, inteligencia y voluntad, es la imagen de Dios: con esto, la feminidad no podía más esperar de llegar a ser constitutiva de la naturaleza divina (el primero de los puntos dolentes destacados anteriormente). Por otro lado, Agustín nos enseña a pensar el Espíritu Santo como *nexus amoris*, relación de amor, como amor, amor entre el Padre, *amans*, amante, y el Hijo, *amatus*, amado: con esto, la identidad hipostática del Espíritu Santo pierde definitivamente consistencia (el segundo *punctum dolens*).

Los dos autores de este ensayo, por lo tanto, destacan claramente los nudos problemáticos no resueltos que la solución agustiniana conservó y radicalizó: el peligro del *modalismo*, es decir, de perder la identidad del Espíritu Santo como persona (peligro, decíamos más arriba, de reducir la teología trinitaria a una teología binaria); la consecuente exclusión del Espíritu Santo de la *danza* “*pericoretica*” intratrinitaria: Padre e Hijo son nombres correlativos, cada uno de los cuales inmediatamente se refiere al otro, a diferencia del Espíritu Santo, que es, mas bien, un nombre común, y no correlativo;

finalmente, la colocación del Espíritu Santo en el tercer lugar en el orden del Dios trino, con la consecuencia de que el Padre engendra al Hijo, del Padre y del Hijo procede el Espíritu, y del Espíritu Santo... nada: Él que es “dador de vida”, a nivel intratrinitario, resulta estéril.

Aclarado todo esto, queda abierta la cuestión quizás más importante a la que responder: ¿porque la Iglesia ha rechazado la hipótesis de pensar el Espíritu Santo como Madre? De nuevo, la respuesta de Laura y Martino la tiene clara: por una pedagogía divina en la Revelación. La primera etapa habría sido la revelación del Padre, en la segunda la del Hijo, la tercera – todavía por cumplirse – sería la del Espíritu Santo. Pero ¿por qué la Madre-Espíritu por último? Porque identificar a Dios con la Madre corre el fuerte riesgo de inducir a la idolatría, es decir, a hacer perder la trascendencia, la diferencia de Dios con respecto al hombre y la creación: “madre” significa en efecto contacto, abrazo, simbiosis.

Me gustaría concluir desarrollando un poco este punto. Estoy de acuerdo con los autores: por primera vez, hoy, es posible empezar a pensar en el Espíritu Santo como Madre. ¿Por qué? Para mi aviso, debido al hecho de que, desde un punto de vista filosófico, el posmoderno se caracteriza por la diferencia ontológica: Heidegger y Gadamer, Wittgenstein, Levinas y Derrida, son filósofos que han desarrollado una alergia hacia la inmanencia, la ideología, el “*monismo*”, lo que la Biblia llama idolatría. La muerte de Dios anunciada por Nietzsche rasgó el velo de Maya: el mundo ya no es simple presencia, sino la paradójica simultaneidad de presencia y ausencia. Ya no hay Dios de un lado, en los cielos, y el hombre por otro, en la tierra; más bien, a lo largo de un solo umbral, cielo y tierra, humano y divino, se refieren el uno al otro: la vida, para Dios como para los hombres, es pasaje (es Pascua: ¡es pasaje!); es un mar, que está

hecho para ser atravesado, junto espejo del cielo y precipicio sobre el abismo. Todo esto, por lo tanto, asegura del peligro de la idolatría: en la filosofía posmoderna, el ser es pensado como diferencia, como intervalo, como umbral.

Una primera consecuencia teológica es la desaparición de la oposición entre eternidad y temporalidad. ¡Dios mismo es temporal! Obviamente no en el sentido de que nace y muere. La temporalidad de hecho no es la distinción entre pasado, presente y futuro, a lo largo de un segmento rectilíneo: esta Heidegger la llama con razón la “concepción vulgar del tiempo”. La temporalidad es más bien experiencia de la alteridad. El hecho de que no sé lo que tu me vas a responder: es esta la experiencia de la temporalidad. El intervalo espacial que me divide del otro es la condición de posibilidad del intervalo temporal. Ahora bien, si Dios es una trinidad de personas, entonces tiene una naturaleza temporal: porque precisamente es multiplicidad original de orígenes.

Con esto llegamos a una última consideración: originaria multiplicidad de orígenes significa que cada origen es tal para los demás. Teológicamente, esto significa que como el Hijo es engendrado por el Padre, asimismo el Padre es Padre al engendrar al Hijo: de hecho, en efecto es Padre gracias al Hijo. En la Trinidad, pues, ya no hay un primero, el Padre: cada hipóstasis es primera para las demás. Esto nos lleva a pensar a Dios no como una “*táxis*”, es decir un orden descendente: un primero, un segundo, un tercero (en esto consistió la especificidad del *subordinacionismo* ariano), sino más bien como un campo polar, como un ir y venir no resuelto entre tres orígenes. El Padre, la Madre, el Hijo: tres orígenes simultáneas. Un icono ejemplar de esta hipótesis teológica es el lienzo de van Gogh titulado *Primeros pasos*. Una madre, de pie, sostiene a una niña por sus brazitos que da sus primeros pasos hacia su padre, que está

doblado sobre una rodilla, en el suelo, con los brazos abiertos, extendidos frente a ella. La vida de Dios – y del hombre hecho a su imagen – consiste en esta dinámica de amor: abrazo de una madre, que no tiene para ella, no encierra, sino inicia a la autonomía, a moverse con las propias piernas; autonomía, separación de la hija, todavía hecha posible por el abrazo de la madre de quien proviene y del padre a quien ella se dirige; alteridad del padre, que se sitúa frente a frente, cara a cara, que invita a moverse y hablar, pero en vista del puerto seguro de un abrazo. El padre se convierte así en madre, que a su vez se abre de nuevo, para liberar a la hija: una espiral infinita de amor. La vida de Dios no es un presente puntual; la vida del hombre no es una línea de un solo sentido desde el nacimiento hasta la muerte: la vida de ambos es más bien este ir y venir de abrazo y separación, de palabra y silencio, de presencia y ausencia, en una generación permanente los unos de los otros.

El libro de Martino y Laura termina con unas hermosas páginas sobre la familia utilizada para pensar a Dios analógicamente. Ahora, cada hombre viene, sí de una familia, pero sobre todo de una madre, de su vientre, durante nueve meses; de reposar en su seno, para algunos años. Por supuesto, toda madre humana cumple su tarea, de ser un abrazo-origen, de manera imperfecta: todos necesitamos ser curados de las heridas infligidas por nuestra madre, así como más tarde por el padre y los hermanos. En esto precisamente consiste la oferta de la Revelación cristiana: es decir, la de poder vivir la experiencia de un Padre nuevo, un Hermano nuevo y una Madre nueva, para que podamos hacer la paz con nuestros padres, hermanos y madres, y aprender a su vez a ser madres, padres y hermanos. Y en esta experiencia de regeneración, probablemente, todos necesitamos partir del encuentro con un Dios-Madre, que nos haga sentir ese abrazo cálido y tranquilizador capaz de prepararnos para experimentar la palabra del Hijo y la presencia del Padre.

Si hay necesidad de una nueva evangelización hoy, tal vez debe partir del anuncio y la experiencia de un Dios-Madre. Y este Dios-Madre, tal vez, también podría convertirse en el modelo de una feminidad a la cual el movimiento feminista pueda inspirarse. “*Sólo la belleza salvará al mundo*», reza una frase célebre de Dostojevski, citada a menudo: más precisamente, quizá, sólo la belleza de la maternidad y la de la feminidad, hoy, puede salvar al mundo y a la Iglesia.

Roma, 24 de junio de 2022
Nacimiento de Juan el Bautista

a Madre Esmeralda
y a nuestras hijas

PRÓLOGO

Un día, a mediados de la década de 1980, conocimos al Dr. Maxwell Jones en Roma, un psiquiatra inglés muy conocido por haber revolucionado los métodos terapéuticos para el tratamiento de personas con graves problemas de conducta. En una amena conversación, junto a su esposa y con la ayuda de un intérprete, hablamos largo tiempo de psicoterapia y comunidades terapéuticas para personas adictas a las drogas, tema que conocemos bien.

Al final de la conversación, habiendo notado en el cuello de su chaqueta una insignia blanca en forma de paloma, Martino le pidió el sentido de eso, pensando en un compromiso pacifista. Se iluminó y habló con entusiasmo de una singular experiencia que le había sucedido hace años, durante una visita a San Pedro en el Vaticano. Nos contó que mientras observaba la ventana del ábside de la iglesia, en la que se le representa el Espíritu Santo en forma de Paloma, de repente vio la imagen cobrar vida y transformarse lentamente en la de una joven mujer. La “visión” – según su percepción – duró entre 5 y 10 minutos.

Esa experiencia lo había impresionado y había marcado profundamente su vida. Por eso llevaba esa insignia que le dieron algunos amigos con quienes se había confiado. El dr. Jones, crecido en un ambiente laico y científico, de ámbito calvinista, no era un creyente practicante y era totalmente ajeno a los fenómenos sobrenaturales o “apariciones marianas”. No se daba explicaciones de lo que pasó, ni trató de interpretarlo. Para su esposa, católica, el significado era más bien claro: era un fenómeno espiritual que se refería a la dimensión “femenina” y materna del Espíritu Santo.

El episodio nos llamó la atención, porque esa misma historia la habíamos escuchado muchas otras veces, con palabras similares y abundancia de detalles, de una señora muy amable, Hada Esmeralda Gutiérrez, quien muchos la llaman simplemente “Madre”, de Montevideo, Uruguay (1924-2013).

La acogida verdaderamente “maternal” de esta mujer ha llamado la atención de los miles de personas que llegaron a conocerla. Una persona sencilla, hija de un trabajador y sin una determinada preparación cultural o teológica, que “transmitía” numerosos mensajes, siempre con un lenguaje poético. Con expresiones caracterizadas por una increíble dulzura y energía, los mensajes – cortos o muy largos, siempre diferentes – hablaban todos del amor de Dios Padre y de su “plan de salvación” para la humanidad. Madre Esmeralda los transmitía oralmente, generalmente a pedido de las solicitudes de quienes asistían a las reuniones semanales en su casa, que conoció en sus viajes o la llamaban por teléfono.

Muchos de estos mensajes fueron grabados y transcritos por algunos voluntarios. Así se formó un repertorio muy amplio, con más de 15.000 mensajes que se pueden visualizar¹. En la mayoría de estos textos también se habla (y ciertamente no marginalmente) de la “Divina Madre”, la “Paloma”, identificada explícitamente y sin vacilación con la Persona del Espíritu Santo. A menudo en los mensajes se describe una visión en la que la “Paloma” se transforma en una mujer, la “Madre” y viceversa, con expresiones similares (pero mucho más articuladas y llenas de detalles) a las que habíamos escuchado de la voz del dr. Jones.

¹Hablaremos de ello extensamente más adelante.

Había lo suficiente para decidir de intentar una investigación seria sobre el tema, cuyos resultados se resumen en las siguientes páginas. Se trata de reflexiones que no han madurado en un contexto clásico para la teología, el de la investigación y la docencia.

No somos teólogos de profesión, aunque hayamos tenido la oportunidad de estudiar un poco esta disciplina. Más bien, ha influido en nosotros el entorno familiar en el que crecimos y en el que vivimos. La vida familiar hizo que no fuera fácil escribir este texto, “robado” del poco tiempo libre, pero ha tejido sus páginas, ayudándonos a captar más íntimamente el significado esencial de palabras constitutivas de la experiencia filial, fraterna, conyugal, paterna y maternal.

Entramos en temas profundos y difíciles, somos conscientes de ello. No pretendemos ser exhaustivos, sólo queremos compartir algunas reflexiones con el objetivo de convertir la mirada a lo esencial: el amor de Dios, comunión trinitaria. Estaríamos satisfechos con este esfuerzo nuestro, aunque el único resultado fuera haber motivado a otros a profundizar este aspecto.

Estas reflexiones surgen de haber escuchado con atención y luego de una meditación.

No parece extraño entonces que comiencen y terminen con una oración.

Oración

¡Padre nuestro!

Qué profundo misterio encierra esta sencilla invocación. Tú, el Dios del universo y de la historia, el Absoluto y Todopoderoso, Tú eres nuestro Padre, nuestro “Papá”.

Con confianza y con un poco de miedo hoy estamos aquí, ante Tí, al principio de nuestro trabajo. Te pedimos que nos ayudes a entender lo que debemos hacer. Nosotros, pequeña familia, deseamos alimentarnos de tu amor trinitario, fundamento de nuestro “ser uno”.

¿Cómo podemos entrar en asuntos tan difíciles, cómo hablar de Tí, de tu vida y de las relaciones que hacen vuestra unidad, la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo?

*«Apenas imaginamos las cosas de la Tierra,
encontramos con dificultad las que están a la mano;
pero ¿quién ha investigado las cosas del Cielo?»*

(Sapiencia 9,16)

Nos acercamos a Ti con confianza de niños. Jesús nos lo enseñó: si somos tus hijos, podemos humildemente hablar de Tí y de tu inaccesible misterio, empezando por las Verdades que quisiste mostrarnos poco a poco, por medio de tu Hijo Jesús.

Nuestros ojos, acostumbrados a la obscuridad, soportan con dificultad tu Luz, pero Tú te adaptaste a nosotros e iluminas poco a poco nuestra mente y nos acostumbras a contemplar tu rostro.

Ayúdanos, Padre, a captar la esencia de las experiencias y de las reflexiones de los hermanos que ya han profundizado el tema de nuestro trabajo, para que podamos enriquecernos de su sabiduría y ofrecer con simplicidad una pequeña ayuda al conocimiento de tu amor.

Ven, Espíritu Santo, ilumina nuestro espíritu. Dulce Paloma del Padre, desciende sobre nosotros, para que podamos cumplir con las obras a las que estamos llamados.

Apóyanos en nuestro esfuerzo: tu mente en nuestra mente, tu corazón en nuestro corazón, tu mano en nuestra mano. Amén.

INTRODUCCIÓN

Con este texto queremos mostrar cómo la tercera Persona del Dios Trino cristiano, el Espíritu Santo, es *nuestra Madre*. Lo que se afirma en este estudio es creencia pacífica de miles de personas, que encuentran esta hipótesis creíble y evidente. Probablemente nuestro esfuerzo lo encontrarán redundante y casi inútil. Pero también somos conscientes de que muchos, imaginamos la mayoría, sentirán esta afirmación bastante extraña, si no francamente falsa y peligrosa. En este caso, es probable que los argumentos contenidos en este breve ensayo sean insuficientes para hacerles cambiar de opinión.

Sin embargo, nuestro objetivo no es forzar las creencias de los demás, sino simplemente tratar de reflexionar sobre algunas preguntas que nos surgieron espontáneamente:

- ¿Qué el Espíritu Santo es “Madre” es una idea completamente nueva o ha sido compartida por otros, en el pasado y ahora? ¿Por quién, específicamente?
- ¿Qué dice la Sagrada Escritura al respecto?
- ¿Los Padres de la Iglesia alguna vez hablaron de esto, y cómo?
- ¿Hay diferencias en el enfoque de este tema entre los cristianos católicos, protestantes y ortodoxos?
- ¿Qué dicen los teólogos y el Magisterio de la Iglesia católica al respecto hoy?
- ¿Por qué el Catecismo de la Iglesia Católica nunca habla de ello, ni siquiera como una “hipótesis teológica”?

- ¿Por qué, si esta idea que parece tan sencilla y luminosa corresponde a la verdad, no es (o parece no ser) patrimonio común de los cristianos?, ¿Qué es lo que dificulta (o ha obstaculizado) su aceptación y difusión?
- ¿Qué consecuencias podría tener el compartir este conocimiento en la vida de la Iglesia universal y en la proclamación del Evangelio?

Las siguientes páginas intentarán responder, al menos en parte, a estas y otras preguntas similares, en la medida de lo posible. El texto sigue un camino lógico, dividido en ocho cortos capítulos, con un apéndice y una bibliografía:

1. el primer capítulo ilustra brevemente las posibilidades, los límites y las consecuencias de pensar e invocar a Dios “femenino” en el contexto judeocristiano
2. el segundo presenta el misterio del Espíritu Santo en la fe, en la Escritura y en la liturgia, una Persona divina casi “desconocida”, sin nombre propio y con el rostro “velado”
3. el siguiente capítulo explora la dimensión “femenina-materna” del Espíritu Santo, tal como emerge de la Escritura y de la teología
4. se revisa luego el camino histórico de este tema entre los Padres orientales, en Agustín y en la teología Escolástica
5. el quinto capítulo ilustra el pensamiento de cuatro autores contemporáneos, muy diferentes entre ellos, que sobre este tema han escrito páginas particularmente interesantes: M. Kolbe, L. Boff, P. Evdokimov y J. Moltmann

6. el siguiente capítulo presenta algunas realidades y experiencias “carismáticas” que muestran un “rostro” femenino y materno de la tercera Persona de la Trinidad
7. el penúltimo capítulo contiene análisis y reflexiones sobre los nudos problemáticos y sobre las motivaciones teológicas y culturales que pueden, al menos parcialmente, dar cuenta de la trayectoria histórica del tema
8. finalmente, la última parte ilustra los “buenos frutos” que se pueden esperar de la adopción de esta interpretación
9. el Apéndice contiene algunos extractos de la obra de San Agustín sobre la Trinidad, en la que se aborda nuestro tema, pero – a diferencia de la posición defendida aquí – por el gran doctor de la Iglesia se resuelve negativamente.

ÍNDICE

Presentación

(Massimiliano Zupì)III

Prólogo3

Oración.....6

Introducción9

1. Dios, ¿nuestra Madre?13

2. El Espíritu Santo23

2.1 Una Persona divina (casi) “desconocida”25

2.2 Sin nombre28

2.3 Un rostro misterioso33

2.4 La pedagogía de la Revelación37

**3. La dimensión “femenino-maternal”
del Espíritu Santo**41

4. Un tema rechazado y olvidado53

4.1 Los Padres Orientales54

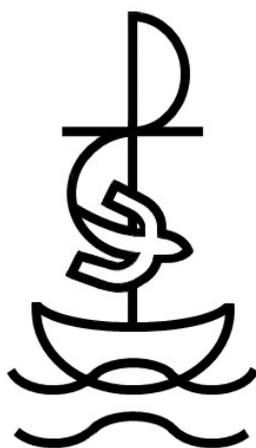
4.2 Agustín59

4.3 La teología “Escolástica” y moderna66

5. El pensamiento de unos autores modernos y contemporáneos	75
5.1 Maximiliano Kolbe	77
5.2 Leonardo Boff	82
5.3 Pavel Evdokimov	86
5.4 Jürgen Moltmann	88
6. Epifanías del Espíritu-Madre	91
7. Análisis y reflexiones	99
7.1 Puntos problemáticos	100
7.2 Trinidad y familia	107
7.3 Hipótesis explicativas	114
7.4 Un equívoco de fondo	118
8. Frutos buenos	123
8.1 Una perspectiva ecuménica	123
8.2 Igualdad y distinción de género	125
8.3 Fraternidad universal	126
8.4 Sacramentalidad (signo y realidad)	128
9. Conclusión	131
Oración	132

Apéndice. Extractos del “De Trinitate” de San Agustín (Libro XII)	135
Epílogo. El beso de la Paloma <i>(Luca Di Sciallo)</i>	143
Bibliografía	165

PUEDEN CONSULTAR
LOS VOLÚMENES
PUBLICADOS POR



piccola barca

visitando www.piccolabarca.org

síguenos también en  y en 

